

pio, forma su juicio, apoyándolo en lo que afirma el sincero soldado cronista. Por desgracia, al emitir su parecer, no tuvo presente que la contestacion, como vimos, de los dos acusados, eran distintas, y atribuyendo á uno y otro la del señor de Tacuba, el fallo tenia que aparecer menos exacto. Dice que, «Bernal Diaz asegura que tanto Guatemotzin como el cacique de Tacuba sostuvieron que eran inocentes, reconociendo, no obstante, que algunas veces habian lamentado los padecimientos que sufrían, diciendo que era preferible la muerte, á ver perecer diariamente á su lado tantos de los suyos.» Estas palabras, como constan en la penúltima nota de las páginas anteriores, fueron del señor de Tacuba únicamente. El valiente emperador azteca, no creyendo digno de su grandeza negar del todo la acusacion, «confesó, dice el soldado cronista, que así era como habian dicho los demás; empero que no salió de aquel concierto, y que no sabe si todos fueron en ello ó se efectuaría, y que nunca tuvo pensamiento de salir con ello, sino solamente la plática que sobre ello hubo (1).»

Pensase ó no realizar lo que habia indicado en sus conferencias, el pensamiento era grande, digno del hombre que se habia cubierto de gloria en la defensa de su patria. Si poniéndolo en planta hubiera sucumbido combatiendo, su muerte habria aumentado aun mas su bien adquirida gloria. Si destruyendo á Cortés y sus soldados, se hubiera presentado triunfante en Méjico, y levantando en masa á las poblaciones hubiese logrado alcanzar la independencía de su patria, arrojando del vasto territorio á los hombres

(1) Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq., cap. CLXXVII.

blancos, su nombre hubiera sido colocado por sus compatriotas entre los de sus dioses.

Acaso acarició mas de una vez en su mente esta risueña idea que su intrépido corazón y su levantado espíritu le presentaban realizables, al ver á los soldados de Cortés estenuados por el hambre y la fatiga y perdidos en medio de los pantanos y de los desiertos.

Algunos escritores creen que no es verosímil la conspiracion de que se acusó á Guatemotzin, juzgándola difícil realizarla; pero que se trató de ella, aunque fuese sin intencion de ponerla en planta, está fuera de duda por el testimonio del franco soldado Bernal Diaz, considerado por los historiadores de diversas nacionalidades, por el mas veraz de los cronistas.

Ni encuentro yo inverosímil el plan en su parte principal, que era acabar con los pocos y desfallecidos soldados de Cortés, y levantando los pueblos en armas contra los españoles, recobrar la perdida independencía. Le sobraba valor al jóven emperador azteca para intentarlo; y la indicacion solo del atrevido pensamiento comunicado á los nobles que le acompañaban, revela el intrépido corazón del héroe mejicano. Gomara, aunque manifiesta que á la gloria de Cortés le hubiera importado conservar la vida de Guatemotzin, da por cierta la conspiracion; y alguna fuerza debian tener sus palabras, cuando Bernal Diaz, que nunca le deja pasar el mas ligero error, no le contradice en este punto.

El padre franciscano Torquemada dice que este suceso estaba referido de manera muy distinta en una historia texcocana, manuscrito en lengua mejicana. Esa historia



refiere el hecho de la manera siguiente: «Llegados los españoles á cierto lugar (Izancanac) muy entrada la noche, los señores mejicanos discurrían de sucesos, y uno de ellos, Cohuanacox, rey de Tetzoco, les dijo: «Veis aquí, señores, que de reyes hemos venido á ser esclavos y son ya tantos días que el español Cortés nos trae caminando: si nosotros no fuéramos los que somos, y no miráramos á la fé que debemos, y á no inquietarnos, bien pudiéramos hacerle una burla que le recordara lo pasado y el haber quemado los piés á mi primo Quauhtemoc.» Este al punto le interrumpió aquella conversacion, diciéndole: «Dejad, señor, esa plática, no se entienda que de veras tratemos de esto.»

El anterior relato haria muy poco honor al esforzado aliento y patriotismo de Guatemotzin. Por fortuna se descubre la inverosimilitud de él con poco que se examine. Si el destronado rey de Texcoco se juzgaba hecho esclavo por los españoles, como juzgaba á sus compañeros, no debia creerse obligado á permanecer sumiso al conquistador, «mirando á la fé que debian,» pues no hay obligacion de guardar fé al que nos oprime, cuando el primer deber del hombre es trabajar por la libertad de la patria. Menos verosímil es que Guatemotzin, el hombre que no desmintió un solo instante su valor y su patriotismo, se manifestase temeroso de solo escuchar la indicacion de recobrar la independenciam por medio de un golpe que no presentaba grandes dificultades. ¡Así queriendo hacer mas sensible la muerte de Guatemotzin, si no lo fuera ya bastante por las simpatías que inspiran siempre los héroes, se le ofende presentándole tímido!

Existe un dato digno de que se fije la atencion en él, que convence que algo se trató entre el emperador y los nobles aztecas de su séquito, respecto á una sublevacion; aunque las conferencias no tuviesen mas que el simple carácter de conversaciones privadas en que sencillamente se manifestaba un deseo. Me refiero al proceso formado á todos los que habian sido denunciados por Mexixcaltzin, de hallarse envueltos en la conspiracion. Cuando el caudillo español dice á Carlos V, que á los demás presos dejó en libertad, aunque lo que habian hecho merecia la muerte, añade «pero quedaron procesos abiertos para que cada vez que se vuelvan á ver, puedan ser castigados (1).» No podemos dudar, pues, de la existencia de esos procesos, puesto que no hubiera osado engañar al monarca, cuando éste podia exigirle que se los presentase, como es de suponerse que lo hiciera. El encuentro de esos documentos, seria un buen hallazgo para la historia.

Aunque mis simpatías por el jóven Guatemotzin sean vehementes, pues no puede menos de interesar un héroe de la talla del último emperador azteca; del que disputó á Cortés piedra á piedra las calles de la capital, con espíritu indomable; aunque deseara que el caudillo castellano le hubiese conservado en su compañía como antiguo y digno competidor suyo, no por esto he querido ocultar nada de lo que constituye el cargo contra él formulado. Bernal Diaz del Castillo, á pesar de decir que Guatemotzin confesó ser verdad el plan de que le acusaban, aun-

(1) Quinta carta de Cortés á Carlos V. He copiado al pié de la letra las palabras, como tengo costumbre hacerlo.



que no tenia intencion de realizarlo, califica de injusta su muerte, y manifiesta que ninguno de los expedicionarios españoles la aprobó (1). La opinion del soldado cronista hace creer, por lo menos, que se debia haber evitado aplicarle la última pena. «Quisieran algunos, dice el historiador Herrera al hablar de Guatemotzin, que Hernan Cortés le guardara para gloria y triunfo de sus victorias; pero veíase en tierra extrañísima y muy trabajosa, y parecía que era grave cargo el cuidado de guardarle en tal tiempo.» Acaso haya sido este el motivo que obligó al jefe castellano á sentenciar á muerte á Guatemotzin por el plan en proyecto de que fué acusado. Se encontraba en países despoblados, cubiertos de ciénagas y de bosques; lejos aun del punto á donde se dirigia y con montañas casi inaccesibles por donde era preciso cruzar. Si le dejaba libre, podian renovarse los proyectos, si las circunstancias se presentaban desfavorables para los castellanos. Si le conducia preso, sus tres mil guerreros podian exasperarse y arrojarse sobre la corta fuerza española en cualquier mal paso ó descuido, para libertar á su señor. Que Hernan Cortés juzgaba á Guatemotzin temible por su espíritu de independencia y dispuesto á promover alzamientos en ese sentido, lo manifiesta claramente en su relacion á Carlos V. Temiendo su influencia sobre el pueblo indígena y que á su poderosa palabra se levantase en armas contra sus vencedores, llevó consigo, en aquella expedicion, al monarca azteca, segun refiere á su soberano, no atre-

(1) «Y fué desta muerte que les dieron muy injustamente dada, y pareció mal á todos los que íbamos aquella jornada.»

viéndose á dejarle en Méjico, «teniéndole,» son sus palabras, «por hombre bullicioso (1).»

El destronado emperador azteca conservaba aun, dice Prescott, «tanto por el ascendiente de su carácter como por sus particulares prendas, una desmedida influencia sobre su nacion, y le habria sido fácil, con el solo soplo de su aliento, reanimar la solapada pero no extinguida animosidad, y convertirla en una insurreccion. Los españoles en sus primeros años de la conquista siempre vivieron en constante alarma, temerosos de una sublevacion de los aztecas: así lo prueban los numerosos pasajes de los escritos de aquel tiempo.» Poco despues añade: «El triste estado de los españoles en esta jornada les exponia muy particularmente á un inesperado asalto de los indios sus vasallos.»

Un respetable escritor mejicano, D. Lúcas Alaman, juzga que el caudillo español, para evitar el continuo cuidado en que debia tenerle un prisionero de la importancia de Guatemotzin, debia haberle enviado á España desde el instante que le hizo prisionero al tomar la capital. Así, dice, «no habiendo posibilidad ninguna de que se volviese, ni aun medio de conservar relaciones con Méjico sin la voluntad del gobierno español, todo riesgo cesaba, entre tanto que se afirmaba el nuevo gobierno.» La observacion es juiciosa, pero la experiencia habia hecho cono-

(1) «Señor que fué desta ciudad de Tenuxtitan, á quien yo despues que la gané he tenido preso, teniéndole por hombre bullicioso, y le llevé conmigo aquel camino con todos los demás señores que me pareció que eran parte para la seguridad y revuelta destas partes.»—Quinta carta de Cortés.



cer que á los indígenas se les hacia insoportable la ausencia de la patria á regiones enteramente extrañas, donde nada encontraban semejante á sus costumbres; donde todo era nuevo para ellos, y donde excitaban la curiosidad de ser vistos como séres raros de un mundo desconocido. Una ausencia larga podia hacer sucumbir de tristeza á la jóven esposa de Guatemotzin y acaso á este mismo, y entonces sus enemigos hubieran alzado la voz presentando el destierro como una órden de muerte disimulada, peor aun que si se le hubiera aplicado la última pena desde el instante de caer prisionero. Además, como se ha visto, Hernan Cortés no debió imaginarse que encontraría las enormes dificultades con que tropezó en la penosa y larga marcha que emprendió á las Hibueras.

He presentado el hecho de la manera misma que aconteció: dado á conocer la opinion de los diversos escritores que han juzgado el acontecimiento; he colocado á Hernan Cortés en la crítica situacion en que se hallaba en medio de los desiertos y pantanos con un corto número de españoles y de tres mil guerreros aztecas: he manifestado las acusaciones de conspiracion hechas contra Guatemotzin, por los de su mismo séquito y la confesion de éste, aunque manifestando que no abrigó el pensamiento de realizarla: al lector le toca ahora juzgar de si el dicho del acusado, protestando que no pensó realizar lo que en sus conversaciones trató con sus nobles, destruía la fuerza de la acusacion, y si la pena impuesta merece ó no calificarse como una mancha en la vida de Hernan Cortés. Yo no me atrevo á dar mi fallo sobre un hecho que ha dado motivo á encontrados pareceres; muchos de ellos mas apa-

sionados que sinceros, que no han servido sino para oscurecer la verdad en vez de esclarecerla. Soy responsable ante Dios de cualquier cargo injusto que haga á los hombres que presento en mi historia, y no quiero cargar con esa responsabilidad, cuando el lector tiene los suficientes datos para formar su criterio.

Nunca llegaron á saber los nobles mejicanos que la conspiracion habia sido denunciada por uno de ellos, pues el caudillo español, para alejar toda sospecha, le mandó prender en compañía de los demás conspiradores. Esto dió motivo á que creyesen que el caudillo español habia descubierto el plan por medio de algun arte, y como le veian consultar con la brújula sobre el mapa el rumbo que debía seguir, atribuyeron á ella la revelacion hecha (1).

(1) «Porque nunca han sabido de quien lo supe, que no creo se tornarán á revolver, porque creen que lo supe por algun arte, y así piensan que ninguna cosa se me puede esconder; porque como han visto que para acertar aquel camino muchas veces sacaba una carta de marear y una aguja, en especial cuando se acercó al camino de Zagoatezpan, han dicho á muchos españoles, que por allí lo saqué, y aun á mí me han dicho algunos dellos, queriéndome hacer cierto que tienen buena voluntad, que para que conozca sus intenciones, que me rogaban mucho que mirase el espejo y la carta, y que allí vería cómo ellos me tenían buena voluntad, pues por allí sabia todas las demás cosas; yo tambien les hice entender que así era la verdad é que en aquella aguja é carta de marear via yo é sabia é se me descubrian todas las cosas.» (Quinta carta de Cortés á Carlos V.) Esto no debe sorprendernos, cuando en pleno siglo XIX existen personas en todas partes que dan crédito á los pronósticos, y los que anuncian la *buenaventura*.